

el cielo, añadiendo que le parecía haber conocido que conserva allá arriba una cierta potestad de padre á resueltas de la que Dios mismo le había concedido sobre su hijo mientras vivía este en la tierra, y que se persuadía á que no había otra intercesión mas poderosa después de la de la Virgen que la de su santo esposo.

XXVI. Hallándose atormentado de una recia calentura en Valladolid el P. Baltasar Alvarez, confesor y director espiritual de la santa por mucho tiempo, un religioso de la compañía que le asistía, le enseñó una imagen de nuestra señora y de S. José y le dijo que se encomendase al glorioso esposo de la Virgen. El P. Baltasar le respondió: «Tiene razon V. R., porque esa señora me lo ha mandado así (señalando la imagen de la Virgen).» Admirado de esta respuesta el otro religioso preguntó al hermano Juan Sanchez que le había acompañado á Roma, si sabía alguna particularidad de la devoción del P. Baltasar á S. José. El hermano le respondió que se acordaba muy bien de que una mañana después de haber hecho oración juntos en el santuario de Loreto le dijo el padre al salir: «La Virgen santísima me ha entrado en ganas de ser devoto de S. José.» Bastante era esto para un hombre tan reservado en hablar de lo que tocaba á él.

XXVII. Juan Gerson profesó toda su vida una devoción tan cordial á la madre de Dios, que no puede ponderarse, y yo creo que la misma señora le había hecho aficionarse tanto á la de S. José. Escribió un buen poema en loor del santo patriarca y un panegirico que predicó el día de su fiesta. También compuso una misa y un oficio entero para la misma. Dirigió diferentes cartas á muchos prelados rogándolos que hicieran celebrar la fiesta del santo, y otra al duque de Berri persuadiéndole con poderosas razones á que contribuyera todo lo posible á propagar esta devoción. Todas estas

son muestras ciertas de la piedad del ilustre canciller de Paris.

XXVIII. Así se complace Dios en honrar y ensalzar á los que despreciaron las honras. Así realza Jesucristo la gloria de su padre putativo, y la Virgen procura dar á conocer á los hombres los méritos de su castísimo esposo. Así los que quieren agradar al uno y al otro, hacen todo lo posible por servirle y publicar sus grandezas, y procuran descubrir á los otros el tesoro que han hallado en la asistencia y el favor de este santo (1).

§. VII.—El sétimo rasgo de amor es hablar á Maria por inteligencias secretas.

I. El corazon es muy hablador, especialmente cuando ama; pero no es menos ingenioso. Con efecto viendo que no podia la lengua y mucho menos la pluma seguirle, inventó ciertas cifras harto mas misteriosas que los geroglíficos egipcios, y á las veces con una sola letra ó muy pocos caracteres dice mucho mas que el papel en varias páginas. El corazon herido del amor divino no es menos elocuente, ni ingenioso que el otro y además tiene la ventaja de que como habla el lenguaje del cielo, es entendido fácilmente. Quiero encerrarme en mi recinto y no alargar mi discurso mas allá que los siervos de la madre de Dios. Luego que la aman ardientemente, quisieran hablarle siempre, conversar siempre con ella y no apartarse jamás de ella. Quisieran amarla y honrarla sin fin y decirle repetidas veces lo que pasa en su corazon. Pero ¿cómo lo han de hacer en este mundo y en medio del tráfigo de tareas y negocios que suelen ocupar toda el alma, aunque fuera mas capaz de lo que es? El amor ha discurrido el medio haciendo pacto

(1) Véase al fin del tomo la adición de la madre M. J. de Blemur, que va en la nota E.



solemne con la reina del cielo de que cuando él diga tal ó cual palabra, sea como si hubiese dicho muchas mas según lo convenido entre ellos. Como la práctica de este convenio es muy cómoda y no menos provechosa, pienso dilucidarla algo mas en favor de aquellos que quieren amar á la madre de amor con todo su corazon.

II. Escoja pues el que quiere ser enteramente de ella, algun dia favorable para abrirle su pecho y contratar con ella de esta manera: Oh madre, único deseo de mi corazon despues de Dios, si lo permitiera mi condicion mortal, nunca querria apartarme de tu lado; pero ya que no me es dado gozar continuamente de esta dicha, quiero disfrutarla lo mas frecuentemente que pueda. Ve aqui el pacto irrevocable que intento hacer hoy contigo para ese objeto, ya que con tu clarísimo entendimiento previenes los movimientos de nuestro corazon.

*Yo te amo.*

III. Siempre que levante mi alma á ti, oh Virgen santísima, y te diga solamente: Te amo, mi querida madre; quiero y entiendo que sea como si dijera: Te amo con todo mi corazon, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, con todas mis potencias; te amo mas que á todas las criaturas; te amo mas que á mi cuerpo, mas que á mi alma, mas que á mi honor, mas que á mi contento, mas que á mi salud, mas que á mi vida, mas que á mi salvación eterna.

*Te ofrezco.*

IV. Cuando yo diga: Te ofrezco, oh reina de las grandezas; sea lo mismo que si te dijera: Te ofrezco mi corazon, mi salud, mi honor, mi contento y mi vida; te ofrezco todo el honor que hasta ahora se te ha tri-

butado en el cielo y en la tierra; te ofrezco todos los buenos deseos que he tenido de honrarte y servirte; todos los deseos de los santos; todas las bendiciones que se te han de dar durante la eternidad; te ofrezco todo lo criado con la misma buena voluntad con que te lo ofrecería, si fuese mio.

*Me congratulo.*

V. Cuantas veces pase por mi corazon ó salga de mis labios esta expresion: Me congratulo, séate tan agradable como si yo dijera: Me congratulo de tus grandezas y excelencias; me congratulo de que eres la maravilla de las criaturas, la obra acabada y perfectísima de naturaleza, de gracia y de gloria; me congratulo de la felicidad de que gozas, del poder que tienes, y del dominio que posees; me congratulo del honor que se te tributa, y especialmente de verte tan encumbrada y ensalzada, que ninguna criatura puede igualar á tus méritos por ningunos servicios ú honor.

*Quisiera.*

VI. Si alguna vez te dice mi espíritu: Yo quisiera; madre mia; estas pocas silabas equivalgan á decirte: Quisiera tener el medio de honrarte yo solo tanto como las demas criaturas; quisiera tener un corazon capaz de amarte como deséas; quisiera poseer toda la grandeza y gloria del mundo solamente para ponerla á tus pies; quisiera que todos los sentidos y miembros de mi cuerpo y todas las potencias de mi alma se convirtiesen en lenguas para bendecirte y hacerte amar de todos.

*Tú eres.*

VII. Cuando yo te diga: Tú eres; has de entender lo siguiente: Tú eres la honra del cielo y de la tierra;



tú eres la madre incomparable, la protección de los justos y el refugio de los pecadores; tú eres mi contento y mi alegría, mi fortaleza, mi valor, mi esperanza, mi dulzura, mi todo; tú eres el blanco de mis deseos, el deseo de mi alma, el alma de mis designios, el designio de mi vida, la vida de mi espíritu, el espíritu de mis afectos.

*Yo soy.* sea como si dijese: Yo soy, oh madre admirable, tu siervo humildísimo y obligadísimo, aunque indigno, y el hijo de tu pobre sierva; yo soy el menor de los tuyos y el último de los que tienen la confianza de llamarte madre y acordarse de tí; yo estoy enteramente á tu disposición y resuelto á seguir todos los impulsos de tu voluntad: haz conmigo lo que te parezca, y dispon de mi vida y de todo lo que me toca, como de cosa totalmente tuya.

VIII. Si mi corazón llega á articular estas dos palabras: Yo soy; sea como si dijese: Yo soy, oh madre admirable, tu siervo humildísimo y obligadísimo, aunque indigno, y el hijo de tu pobre sierva; yo soy el menor de los tuyos y el último de los que tienen la confianza de llamarte madre y acordarse de tí; yo estoy enteramente á tu disposición y resuelto á seguir todos los impulsos de tu voluntad: haz conmigo lo que te parezca, y dispon de mi vida y de todo lo que me toca, como de cosa totalmente tuya.

IX. Baste esto para abrir el camino á quien balle gusto en este ejercicio, porque en cuanto empieza á ensayarle, el amor ingenioso le sugerirá otros muchos pensamientos y otras invenciones que las mías. Solamente añadiré que para no olvidar esta santa práctica conviene de cuando en cuando renovar el pacto y reiterar las mismas protestas, y luego usar á menudo de esas breves expresiones á todas las horas del día y en cualesquier actos de la vida, en fin lo mas frecuentemente que sea posible para sazonar con estas dulces aspiraciones todas las obras del día.

X. Desde luego los teólogos examinarán el mérito de estas mociones interiores con la severidad de sus razones: por mi parte siempre estaré pronto á someter mi juicio al suyo; no obstante sé que en el cielo hay gran-

des dulcedumbres y suma caridad para aquellos que tienen el corazón recto y puro. De estos arcanos que no son enteramente de la competencia de las escuelas, solo la experiencia puede hablar y juzgar dignamente. Mas basta que estas mociones agraden á nuestra amorosa madre, para que los que las sienten, vean de todo punto cumplidos sus deseos.

## CAPITULO V.

DEL ZELO DE LAS ALMAS; CUARTO RECONOCIMIENTO QUE SE DEBE A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

El zelo es la espada del amor, el cual vuelve la punta de ella contra lo que turba la pacífica posesion de la cosa amada ó contraria el contento del amigo. Por eso cuanto mas ardiente es el amor, dice santo Tomás (1) despues de S. Dionisio (2), mas se enardece para repeler cuanto se opone á su goce ó al bien de la persona amada. Esta es la razón por que yo le doy lugar inmediatamente despues del amor. Si alguno desea saber qué relacion tiene el zelo con el reconocimiento que se debe á las grandezas de la Virgen, voy á satisfacerle.

§. I. — Que el zelo de las almas es un reconocimiento muy grato á la madre de Dios.

1.º A causa del amor que tiene á Dios y á las almas: 2.º á causa del interés que se toma por ellas.

I.º Cuando se prende fuego en la casa de un amigo nuestro y va propagándose de aposento en aposento y

(1) 1.ª secund. q. 28, art. 4. del (2). De div. nom., cap. 4.